

NATALIE HEINICH (2007), *Pourquoi Bourdieu*, París, Gallimard, 2007, 188 pp.

MARIE-ANNE LESCOURET (2008), *Bourdieu*, París, Flammarion, 538 pp.

Dos textos biográficos sobre Bourdieu que señalan el mantenimiento del atractivo del sociólogo francés en su sociedad o, al menos, en el campo editorial o intelectual, como seguramente le gustaría a él mismo encuadrar este acontecimiento. Hay bastante de inconsciente colectivo nacional que busca anclajes, referencias, en tal enganche, que ya empieza a ser obsesivo, con el autor. Inconsciente integrado en un movimiento pendular entre el lloro por el padre fuerte perdido, con abundantes dosis de sentimiento de culpabilidad, y la demanda de sustitutos que sigan haciendo de Francia la referencia cuando se trata de hablar de pensamiento.

Traer una biografía a una revista de metodología puede resultar extraño, más allá del potencial abordaje de ambos textos como concreción de prácticas de investigación social biográficas o documentales. Aquí el caso es distinto, pues ninguno de los textos se presenta como investigación empírica, aun cuando los dos contengan sendas investigaciones de más que suficiente calidad.

Tampoco cabe irse aquí al polo opuesto: a la búsqueda de una especie de «cara oculta» de la figura enfocada. Ningún

margen dan las páginas de los dos libros para que corra el cotilleo. La información aportada se nutre de documentos públicos: libros y artículos, incluyendo los del propio Bourdieu, entrevistas periodísticas, películas e intervenciones televisivas y radiofónicas. A lo sumo, en el de Heinich, la interpretación de algunos encuentros personales con quien fue su director de tesis. Poco «oculto» puede haber en tal material para satisfacer la posible ansiedad morbosa, siempre existente ante los nombres públicos en una sociedad que ha hecho del consumo de vidas privadas ajenas, sólo por el hecho de ser reconocidas, uno de sus síntomas. Aun cuando, hay que reconocer que, en alguien que ha reivindicado constantemente la fusión y la coherencia entre posiciones y opciones personales y posiciones y opciones de su pensamiento y sobre sus objetos de investigación, se echan de menos mayores incursiones esa parte menos conocida. Algo se apunta cuando se dejan caer algunas contradicciones: la feroz crítica al proceso de socialización *normaliano* (de la *École normale supérieure*) y el paso de sus hijos por la institución. Otras quedan, al menos de mo-

mento, en la buena sombra de sus allegados. Pero, mientras se expone la vinculación entre la relación personal con los medios de comunicación y su pública denuncia de éstos, especialmente de la televisión ¿por qué, por ejemplo, dejar a un lado la relación concreta y vital con las mujeres en general y con su esposa en particular del autor de *La dominación masculina*, texto que, por otro lado, deja a un lado la abundante tradición feminista?

Nuestras dos biógrafas, aun reconociendo el atractivo físico y personal del autor para las mujeres, guardan silencio sobre la cuestión. Y así ocurre con otras anexas: ¿cuál fue la relación de Bourdieu con el trabajo doméstico y de reproducción en su propia familia? ¿cómo queda imbricada su vida personal con su vida profesional cuando comparte su existencia con esposa e hijos? Aspectos tal vez sólo producto del referido morbo, pero de los que extraña su ausencia cuando, especialmente en el libro de Lescourret, se subraya el fuerte vínculo entre opciones personales e intelectuales.

Ausentes los polos intrametodológico y extrametodológico, la pertinencia de traer aquí estos dos títulos deriva de una pregunta: ¿qué lugar ocupan las opciones metodológicas en las biografías de Bourdieu? Es bastante sabido en la profesión que el sociólogo francés rechazó ser considerado como metodólogo. Incluso llamó la atención sobre los excesos de una concepción normativa de la metodología, acusada, con razón, de alejarse de la práctica y la realidad empírica, imponiendo así unas reglas abstractas a costa de distanciarse de los objetos investigados. Pero también puede considerarse cierto que parecía sentirse más a gusto cerca de unas posiciones y prácticas metodológicas que de otras, como se deriva de las acusaciones al cuantitativismo dominante en la sociología norteamericana o el más habitual uso de prácticas,

como la entrevista, que intentan entrar en el mundo de vida y sentido de los sujetos observados; o la concepción del ejercicio de la observación como un ejercicio de violencia simbólica y dominación sobre los observados, aun cuando con distinta concreción en función de la práctica de investigación seleccionada y el específico uso de la misma.

Heinich encuadra a Bourdieu desde la teoría del carisma y la sociología weberiana del poder, aun cuando retomando también conceptos del propio autor francés, como el de campo. Algo que le lleva a preguntarse, subrayando su carácter reflexivo, cuál es el lugar del carisma en el campo intelectual, francés e internacional. Es el lugar del Bourdieu profeta, del *Bourdieu profeta*, del profeta de la desgracia y el desencanto. De hecho, el primer capítulo empieza subrayando el carisma de nuestro autor, dibujando ya lo que va a ser la línea principal del conjunto de la obra: una biografía-bibliografía-autobiografía, en la que la vida y obra de Bourdieu se trazan a partir de los encuentros personales y la incorporación personal que Heinich hizo de quien fue su director de tesis. Se obtiene así un enfoque en primer plano.

Se cuenta la historia en clave del atractivo que le generaba Bourdieu, de cómo la forma de ver las cosas, se convierte en la forma de ver el mundo por parte de sus seguidores. Durante la mayor parte del texto, ella se sitúa en el lugar legítimo de la víctima. Pero, como al final reconoce, ella fue a Bourdieu, siendo acogida por este supuesto teólogo dogmático, como le llega a denominar.

La vida de Bourdieu, según Heinich, es un proyecto político incoherente o coherente sólo por la posición crítica. Por una negación continua de todo, inscrita como opción personal de concurrir en un campo tan competitivo como es el intelectual. Desde este punto de vista, Bourdieu llega a la sociología en general y a la

sociología crítica en especial desde la política, desde sus particulares intereses políticos. La biografía es la narración del progresivo uso y abuso del discurso sociológico por parte del discurso político bourdiano: un intento de izquierda científica que, a su vez, arremete contra el discurso científico.

Un Bourdieu en pos del poder y oportunista, que se suma a la crítica a los medios de comunicación y a la dominación masculina cuando es consciente de que es el momento en que el gran público está preparado. Por lo que, al menos, habría que reconocerle un gran olfato, cosa que la autora sólo hace a medias, subrayando la gran capacidad intelectual e inteligencia, de esa que capacita para una airosa supervivencia cotidiana, del sociólogo francés. Pero se subraya aún más la imagen de un siniestro y retorcido Bourdieu, pertrechado de la retórica del doble discurso. Perspectiva que se aprovecha para atacar directamente al conjunto del pensamiento crítico, incluyendo, claro está, la sociología crítica, dando cita en esta quema de brujas a Verdès-Leroux (*Le Savant et la Politique*) y Ferry y Renaut (*La Penée* 68).

La relación con la metodología en tan pérfida trayectoria de Bourdieu es de inclusión instrumental en su acceso al poder. Ocupa un lugar central en el doble discurso bourdiano. Cuando apuntala sus intereses políticos, la correlación estadística llega a tener la misma función que la revelación de Freud sobre la sexualidad (pág. 160). Cuando no, la aproximación cuantitativa se convierte en ejercicio sin reflexión epistemológica. Por un lado, la metodología sirve para dotar de apariencia científica a una sociología empírica que intenta alejarse del denominado imperialismo de la filosofía. Por el otro, tal práctica de resistencia se hace con el aval del filósofo Bachelard.

La opción por la entrevista cualitativa en un texto, como *La miseria del mundo*,

destinado a llevar a Bourdieu al gran público es estratégica. Se requiere una práctica potente desde el punto de vista de la ilustración inmediata de las propias posiciones, fácil de entender por una audiencia no especializada, lejos del lenguaje de las correlaciones y el análisis multivariante, tan querido en obras como *La distinción*. En manos de Heinrich, *La miseria del mundo* se convierte en reivindicación de clases medias a través de una intelectualidad precaria, víctima de la inflación de títulos universitarios y una feroz concurrencia en su campo.

Se dan diversas vueltas de tuerca en una imagen cínica de Bourdieu. Unas veces apoyadas en experiencias personales, en cómo daba la razón a varios, aun cuando estuviesen en clara contraposición, sólo por conveniencia. Otras, en el propio análisis del campo intelectual. Así, el interés bourdiano por la cultura, subrayado como lugar de dominación, es una toma de posición frente a la saturada reivindicación sesentayochista de la cultura o el arte. Cada opción, se convierte en paso estratégico para llegar a lo más alto en el campo intelectual. La supuesta apertura del producto teórico de Bourdieu no es más que táctica defensiva contra las críticas, jugando siempre en la ambivalencia: frente a los idealistas, determinismo; frente a los deterministas, el lugar del sujeto. El sociólogo francés habría practicado la técnica del doble discurso durante toda su vida. Un doble discurso que, como todo monstruo, tiene varias formas de presentarse: contradicción, doble negación, duplicación y contra-performatividad (hacer lo contrario de lo que se dice que debe hacerse) son las que analiza Heinrich en clave de renegación. Es la biografía redactada por un renegado.

Biografía dirigida al gran público, *Bourdieu* de Marie-Anne Lescouret, publicada en la popular colección *Grandes Biographies*, de la editorial Flammarion, es de las que ocupan lugar preferente en

los expositores de novedades editoriales de las librerías más comerciales o menos especializadas. Circunstancia que obliga a un texto menos especializado, más centrado en el hombre público que en el investigador social; pero, también, a un lenguaje más directo y, por qué ocultarlo, más ameno, que hace que el libro casi se devore, a pesar de constituir un menú de cuatrocientas cincuenta páginas de contenido sustancial, dejando a un lado las referencias, y de que abundan las repeticiones para permitir la mejor fijación de un supuesto lector medio francés, como son las relativas a las relaciones con el panteón de pensadores franceses. Así, son varias las referencias a la relación con la figura de Sastre, a la compleja vinculación con Aron, a la afinidad intelectual con Foucault o las amistosas conexiones con Derrida, por poner sólo unos ejemplos.

Si Heinich juega a ponerse en primera persona, Lescourret claramente marca distancias «objetivistas», en un intento de retórica de la evaluación: el ejercicio de descripción de la vida de Bourdieu parece destinado a realizar tal evaluación. Aún más, tal vez subyazca la intención de que sea el propio lector el que juzgue al personaje, pues aquí el sociólogo adquiere las características de un personaje.

Una distancia inicial en la obra y en cada capítulo. Cada fase de la vida de Bourdieu se convierte en un contexto en el que es finalmente situado. Empiezan por descripciones sintéticas, a veces demasiado simples, de los distintos contextos: el rural del origen, la enseñanza secundaria interna, la Escuela Normal Superior, Argelia, la sociología francesa, la universidad francesa, Mayo del 68, el contexto emocional de la propia familia, etc. Primero se sitúan los otros personajes: breves notas sobre sus padres, sus compañeros, sus tutores, sus apoyos, sus compañeros. Hasta terminar, en cada uno de los puntos, con la figura de Bourdieu.

Así, poco a poco y como en espiral, lo que lleva a las mencionadas repeticiones. Desarrollo que nos lleva desde el presociólogo al hombre público, pasando por el sociólogo.

Ambos títulos concretan el síntoma biográfico de una sociedad, como acertadamente lo llaman José Miguel Marinas y Cristina Santamarina (*La historia oral: métodos y experiencias*). Al poner su foco sobre un sociólogo, nos ponen a la vista elementos para analizar la propia construcción y estructura del campo de la disciplina, de la sociología. De lo que es nuestro campo en la actualidad y, dentro del mismo, del papel que desempeña la metodología: sus opciones, sus propuestas, su profundización. Seguramente no serán los últimos títulos en introducirnos en la vida de Bourdieu. Tampoco han sido los primeros, en una serie que inauguró el propio Bourdieu, pues su bibliografía está nutridamente poblada de auto-biografía: desde algunas páginas de *Le sens pratique (El sentido práctico)*, hasta la póstuma *Esquisse pour une auto-analyse (Autoanálisis de un sociólogo)*, pasando por *Méditations pascaliennes (Meditaciones pascalianas)* o *Science de la science et réflexivité (El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad)*. Difícil interpretar a quien realizó su biografía y, así, hizo su propia interpretación; mientras que, a la vez, sentenció el género biográfico a la categoría de de una especial ficción: aquella que sitúa el personaje como concreción de la determinación de la sociedad, de manera que lo que socialmente se ha sido determina lo que se puede ser.

¿Sólo un síntoma de una sociedad excepcionalmente abierta a las trayectorias individuales? ¿De qué puede ser síntoma para el cuerpo hace tiempo enfermo de la sociología? La fijación en Bourdieu puede ser el canto agónico de la disciplina. La necesidad de un clavo ardiendo con el que seguir teniendo presencia pú-

blica. Aun cuando fuese de manera instrumental, supo inscribir el discurso sociológico en el discurso político, principal fuerza para institucionalizar la disciplina, como se supo ver desde Durkheim.

Más allá del mayor o menor *glamour* del intelectual, sobre la figura de este autor se cierra un debate circular sobre la posibilidad de supervivencia de la disciplina sin asumir el determinismo de la

sociedad, como lo asumía nuestro autor frente al relativismo postmoderno. Con la desaparición de Pierre Bourdieu, como apunta Heinich en su epílogo, nos quedamos un poco huérfanos de ese padre severo que nos hacía fuertes. Tras él, el temor de quedar subsumidos en la farfolla culturalista.

Javier Callejo